GERARDO DENIZ

FOSFENOS

A AURELIO ASIAIN

AGUASCALIENTES

> And in his needy shop a tortoise hung,
> An alligator stuff'd, and other skins
> Of ill-shap'd fishes...

Desde el jardín de San Marcos
presidí una feria de igual nombre, que fue larga,
colgado de un tobillo entre las frondas,
cabeza abajo,
en ofrenda de mí mismo a mí mismo,
sjálfr sjálfum mér.
Acaso así y allí memoricé tal que cuál runa, no estoy muy seguro;
lo que sí recuerdo
es cómo reconocí a Rúnika, pese a su disfraz autóctono:
silbé que se acercase y le juré que aquello era por ella.
Sonaron los mariachis; la vi nada más mover la boca (respondiendo).
Luego volvió el olvido,
los pajarracos gritaban la noche entera.
Perdido el interés, cerré los ojos (o ya sería uno).

Por fin llegaron las lluvias,
la cuerda se rompió y caí en un sendero del parque;
caí curtido, varias veces enjuto y rehidratado,
monóculo hasta los bordes
harto de rocíos y oscilar,
el cráneo todo escrito por dentro,
en semejanza acartonada de pez diablo (jenny haniver).
Por eso me clavaron en el escaparate de esta tienda
de brujerías y plantas medicinales,
donde sigo —no diré que pudriéndome
porque eso no es posible todavía—
y me ponen apodos tan brutales
que nadie se ha atrevido a confiarme ninguno.

CUODLÍBETO EN EL FORO

Estas ruinas que ves, Rúnika núbil,
son de la antigua Roma. Y por más que el árbol Yggdrasill del mundo
haya crecido en torno mil quinientos anillos,
los antiguos romanos siguen siendo actuales por lo malapersonas. Vas a verlo.
Dejaron el lago Trasimeno sin vida natural
(esto último ha de ser alguna expresión técnica, y si no, lo lamento);
cuando una conserva de lenguas de fenicóptero les salía averiada,
la exportaban —infamia— a la Panonia
(¿reconoces el estilo, núbil Rúnika?). Pero quizá lo peor
era su abuso de las sales frutales del vientre y bajovientre,
duraznuro de melón, granadato de higo,
con útero estofado de puerca y —el colmo— alguna uvita.
Sus concubinas, mientras tanto,
siempre olvidaban desenchufar la plancha:
es lo que se denomina (técnicamente) decadencia.

No hay colonizados que aguanten tal régimen más de cinco o seis siglos.
Así, al igual que nosotros que combatimos tanto, núbil Rúnika,
la Germania —¿me atiendes?—, la Dacia, Capadocia,
la Arabia Pétrea, etc. fueron sacudiéndose el yugo
de aquellos romanos despóticos, sométicos,
y erigiéndose en democracias populares, como América ahora.
Siempre ocurre esto, siempre; y todo lo demás
(lo que se dice todo)
es historia.
Hoy parece ser de esos jueves, Rúnika,
en que amaneces más celta que germana,
con un algo de Freyja y cuatro de Pangur bán. Me disgusta.

AMENAZA

Unico félido feo es el jeopardo;
salta en silencio entre los estantes de más arriba,
conoce como pocos esos códigos odiosos cubiertos de polvo
que son puestos en las tablas superiores para no leerlos nunca.
De ellos el jeopardo extrae sus yeles, sus trucos, su saña;
desde allí mira, jeopardiza, procede
marchando cauteloso por el canto de las puertas abiertas;
pareciera reprochar, como hace Rúnika
(mas ¿quién no ha sido bagrero, y aun repetidas veces? —suelo contestarle).
Cuando se abalanza es sobre seguro.
Peligro, emergencia, desprendimiento de retina son palabras que prefiere
y todo está a su merced, todo,
todo en jaque o jeopardía y riesgo de percusión en la nuca
sin saberlo, pues nadie mira hacia donde él acecha. Rasgo curioso: el jeopardo es mudo.

Persuadida por ejemplos como éste, Rúnika se convirtió pronto al cristianismo,
en la tapa del cofre de sus mallas pegó un San Olaf recortado
y anunció que iba a ser, siquiera, mártir.

MATERIA PRIMA

Detrás de esa puerta
hacen con Rúnika muebles y otros trebejos útiles.
Sacan ahora un paragüero
todo construido con ella (pues aun el humilde barniz oscuro
se obtuvo destilando en seco huesos y tendones).
Travesaños, duelas, durmientes, tablas,
demás paralelepípedos;
la sierra mecánica atruena sin reposo.
Riñones como hojas de geranio, verdes y pelusientas,
sirven para agarrar las asas sin quemarse;
las tripas de gato son para raquetas y suturas quirúrgicas.
Ya sólo suena su imprecación —futhark!— de tarde en tarde,
más débil cada vez,
cuando el corte se desvía en exceso de la línea
(pues la sierra mecánica atruena sin reposo).
Por la rendija de la puerta veo barrer aserrín leonado
y siento una pena sin límites.
Nunca contemplaré la isla de Jan Mayen.
Ni me he de envenenar en un templo a Poseidón.
Después de la lluvia vespertina
iré pisando bugambilias derribadas,
silbando bajo, como un perfecto tonto,
llevando la mitad de mi enamoramiento sujeta en el bolsillo
tal como un manco lleva su manga vacía, sí.

TRABAJEROS

La llovizna matutina tamborileaba en nuestras fundas de color feroz.
Rúnika, barriendo con su escoba de ramas, reunía basura cenagosa
junto al escalón de la acera,
donde la recogía yo con dos hojalatas rectangulares, sonoras.
Cumpliendo esta misión de mérito social recorrimos toda la calle de Rosas Moreno.
Sólo me paré a señalarle dónde estuvo, hace mucho, "El suplente";
allí alquilaban ropas insólitas, fraques y futraques,
atuendos de odalisca suripanta, de margrave,
tal vez uniformes chillones como los nuestros de ahora.
—¿Por qué este color tan mandarino? —preguntó Rúnika.
—Para reducir la probabilidad de arrollamiento por vehículos automotores.
—Automotrices —corrigió a media voz. Preferí besarla. (Aquel afecto
entre el basurero y la basurera fue digno de un grabado,

humanísimo,
de cualquier gráfica popular).
Al cruzar Guillermo Prieto, de un camión de mudanzas
cayó un violonchelo al asfalto brillante de agualluvia.
El camión siguió su marcha y vi
anegarse los ojos de Rúnika al recordar
tanto que le hube contado sobre la sociedad perfecta
que por ventura los netezuelos de nuestros nietecillos conocerán
(lo cual tampoco significa por fuerza que les guste).

ALLANAMIENTO DE VIOLETA

Cf. *Plural*, primera época, último número, última página.

Well, while I live I'll fear no other thing
So sore, as keeping safe Nerissa's ring.

Cuando le mandé quitarse la malla, Rúnika se quejó del frío,
lo cual en una niña acostumbrada a los espumarajos del mar nórdico
se antojaba última excusa. Entre los matices rojizos del crepúsculo, reposando de perfil, calló.
Agazapado detrás, cortando el aire de espaldas,
estimé nuestra velocidad en 80 verstas por hora
mientras abajo la orografía se complicaba a ojos vistas.
Aquello era entrar en la gloria por el sur, por Pamir.
Qué privilegio. Que frotar de manos. Nieve blanca sobre las cordilleras moradas de Tadzhikia.
Antes de medianoche, la alfombra se posaría en el primer puesto
de aclimatación para forasteros. Todo estaría largamente logrado. Saqué de una manga de mi caftán
el folleto y traté de repasar datos para hacerlo mejor
("la URSS es un estado de obreros, campesinos y soldados"),
frases útiles ("proletarii vsej stran, soiediniaites'!"),
a la mala luz del cielo espléndido
—las consabidas constelaciones nuevas de los grandes viajes pero, ahora sí, reales y racionales:
el Komsomol, el Piolet, la Krupskaia Polar.
Yo intentaba decir párrafos exclusivamente sublimes
por si algún aparato captaba nuestras voces,
sólo que estaba nervioso, después de tanto haberlo anhelado. Rúnika, de flanco,
curvada en posición fetal,
aceptaba al fin, chupándose un pulgar, cerradas las pestañas,
sin responder hacía rato a mis precisiones sino con un gemido mimoso.
Allá, en las paredes de un desfiladero color pasa, creí adivinar esculpidas modalidades más cómodas
de este género de revolución aunque, a decir verdad, bien pudo ser otro el tema. Después,
una central hidroeléctrica o termosifónica.
La alfombra voladora se internaba serena en el paraíso socialista.